

CUANDO CLARÍN LES SALVO LA VIDA

Este perro no sirve para nada – dijo con tono burlón el Sr. Hardy.

- Claro que sirve – exclamó José.

Y el chico se puso de rodillas para rodear con sus brazos el cuello del perrito, y apretarlo contra sí.

- ¿Para qué sirve?- le preguntó el Sr. Hardy siempre en el mismo tono.

Bien – dijo el niño lentamente, con expresión perpleja en la cara y en sus ojos azules, - es mi perro y sirve para mí.

- Muy bien – respondió el padre del muchacho, riendo de buena gana, y agachándose para acariciar la cabeza del niño y también al humilde perrito. - ¿Son buenos compañeros?

- Si, somos compañeros – contestó el muchacho, - y no cambiaría a Clarín por... un elefante.

- Espero que no – dijo su padre. – Pórtate bien, - añadió mientras se retiraba para su trabajo en la granja, pero su trabajo no le iba a llevar muy lejos ese día.

José y Clarín empezaron a jugar en el patio. Algunos minutos más tarde, su tía Berta, y una prima llamada Isabel llegaron en su auto, y José y Clarín salieron a su encuentro. El muchachito estaba muy contento de que Isabel viniese a jugar con él. Eran de la misma edad, y siempre se divertían mucho. En cuanto a Clarín estaba tan contento como cualquier perrito podía serlo. ¡Cómo se retorció y sacudía la cola y emitía costosos ladridos de alegría!

La tía Berta entró en la casa, pero los niños quedaron en el patio.

Al instante José dijo: "Ven, Isabel, te voy a llevar a pasear en mi carrito". Se estaban divirtiendo de tal manera, que cuando la tía Berta y la mamá de José los invitaron a que las acompañaran al pueblo, no aceptaron.

- Mamá, déjame quedar y jugar con José y Clarín- rogó Isabel.

- Nos estamos divirtiendo tanto – exclamó José, - que por favor déjenos quedar. Clarín dio unos saltos alrededor de las señoras ladrando enérgicamente para llamar la atención. Luego dio unas cuantas vueltas en círculo para morderse la cola.

Más o menos en ese momento vino el padre de José desde el otro lado de la casa.

- Bien déjenlos quedar en casa y jugar – dijo. – Yo estoy haciendo unos trabajitos por aquí cerca, y los vigilaré.

Y así sucedió que José, Isabel y Clarín se quedaron en casa mientras las señoras subían al auto y se fueron al pueblo.

- ¡Cuánto vamos a divertirnos, Isabel! – dijo José.

- Podemos hacer lo que nos dé la gana – contestó la niña con entusiasmo.

¡Qué felices estaban los niños!

Jugaron en el gran patio hasta que se cansaron. Luego fueron a la casa, y José consiguió una masita para cada uno, y, por supuesto, también para Clarín.

Ambos niños se sentaron en el umbral de la puerta, y comieron sus masitas. Clarín se acostó sobre la acera, y sosteniendo su masita entre las patas, la iba mordiendo poco a poco, pues era un perrito de buenas costumbres.

Habiendo terminado sus masitas, los niños decidieron jugar a las escondidas.

- A los que proponen el juego les toca – exclamó Isabel.

- ¿Qué dices? – preguntó José perplejo.

- Dijiste: Vamos a jugar a las escondidas, así que a ti te toca buscarme – explicó la niña.

El muchachito, obediente, se tapó los ojos, y empezó a contar: "Uno, dos, tres..."

Isabel y Clarín se fueron a esconder detrás de una puerta. José los encontró, de manera que después le tocaba a Isabel buscarlo a él. Después de un rato Isabel le dijo: " No es justo, nunca le toca a Clarín"

El perro comprendió. Se quedó con la cabeza gacha y la cola entre las patas, al parecer tan afligido y humilde como puede serlo un perrito.

- Bien, le puede tocar – lo defendió José. - ¿No es cierto Clarín?

El perrito alzó la cabeza. Un estremecimiento de placer corrió por todo su cuerpo, desde la nariz hasta la cola, la cual empezó a agitarse furiosamente.

- Acuéstate Clarín – dijo José, y el perro obedeció.

- Ahora pon las patas sobre los ojos- y el animal apretó la garganta contra en piso y puso las patas sobre los ojos.

- Te quedas así hasta que yo diga: ¡Listo! – le dijo José.

La cola de Clarín golpeó el piso en respuesta. Los niños echaron a correr y se ocultaron detrás de un mueble.

- ¡Listo clarín! – exclamaron.

El perrito dio un salto, y se dirigió en línea recta adonde estaban los niños y ladró vivamente.

- Sabía exactamente donde estábamos – dijo Isabel. - ¿A quién le toca ahora?

Clarín contestó la pregunta acostándose de nuevo y tapándose los ojos. Los niños se deslizaron en punta de pies. Esta vez se escondieron en un ropero.

- ¡Listos! – gritó José.

Clarín se fue directamente a la puerta del ropero, y saltó contra ella y ladró.

Y así prosiguió el juego, tratando los niños de encontrar un escondite que el perro no pudiese encontrar fácilmente.

- Yo sé de un lugar – murmuró José misteriosamente. – Esta vez no le va a ser fácil encontrarnos. Ven, Clarín – ordenó, conduciendo al perrito a la sala, - Acuéstate- le dijo.

Obedientemente, el animal se acostó y se tapó los ojos con las patas. Los niños se fueron de nuevo en punta de pies hasta la galería del fondo, donde había una heladera vieja que no se usaba. Sin hacer ruido se metieron dentro, y cerraron la puerta casi del todo. Eso era, por supuesto, una imprudencia.

- ¡Listos! – gritó el niño. El perrito dio un salto y corrió rápidamente a través de la casa, y saltando y golpeando con las patas, echó todo el peso de su cuerpo contra la heladera.

Se oyó un ruidito, y los agudos ladridos del perro quedaron apagados y lejanos para los niños. José empujó contra la puerta, pero no se abría.

- Abre la puerta, José – dijo Isabel. – No me gusta la oscuridad.

- No puedo, - gimió el niño, empujando la puerta con toda su fuerza.

Isabel empezó a llorar de susto. Las lágrimas saltaron a los ojos de José mientras empujaba la puerta. Los niños temblaban de miedo, y gritaban, pero estaban presos.

Clarín ladraba y golpeaba con las patas contra la puerta. No podía comprender por qué sus compañeros de juego no salían.

Después de un rato, el Sr. Hardy, habiendo terminado de arreglar el arnés, pensó: "Me pregunto en qué andarán los chicos ahora. Me había olvidado de vigilarlos." Fue a la casa, pero en ella reinaba el silencio y estaba vacía. Llamó: "José, José".

Clarín vino corriendo hacia él.

- ¿Dónde están los niños, Clarín?

El perro ladró vivamente, y echó a correr hacia la galería donde se detuvo delante de la heladera, mirándola con expectación.

El hombre fue a la galería, y miró alrededor. No podía ver a los niños. Se dio vuelta y los buscó por toda la casa, llamando: ¡José! ¡Isabel!

Salió al patio y se le ocurrió que era extraño que Clarín no estuviese con ellos. Volvió a la galería.

- ¿Dónde está José? – le preguntó al perrito.

Clarín corrió hacia la heladera, y golpeó la puerta con las patas. Un pensamiento terrible se apoderó del Sr. Hardy, mientras cruzaba rápidamente la galería y abría la puerta de la heladera. Allí encontró a los niños sofocados. Ya tenían la cara azul por falta de aire. Los sacó afuera y pronto se recobraron. ¡Qué agradecido estaba de que Clarín sabía donde se habían ocultado los niños!

- Bien, José – dijo al niño, - Clarín ha demostrado que es un perro sabio. En realidad sirve para algo.